

ORGANIZACION DE LAS AMBULANCIAS

Por el doctor Lisandro Leyva Pereira.

INTRODUCCION

Sin más títulos que los que la casualidad me dio al colocarme como unidad de ningún valor en la falange de 50 millones que, de una u otra manera, tomó parte en la conflagración más grande que registra la historia; sin más derecho que el de ser colombiano y vibrar como todos al sentir en la cara el inundo salivazo que un tiranuelo ridículo, respaldado por un pueblo que merece su amo, nos ha lanzado injustamente aprovechando la distancia y la soledad que se consumó la afrenta; sin más razón que la de pertenecer a esta pléyade de hombres patriotas y científicos que forman la Sociedad de Cirugía de Bogotá y sin otros recursos que los que pueda darme el deseo de servir a mi patria en esta hora sublime de su historia gloriosa, ocupó esta tribuna que Jaime Jaramillo Arango creó y por la que de manera tan brillante han pasado ya Carlos Tirado Macías y Roberto Franco.

Perdonadme la audacia, excusad la osadía y concededme un poco de benevolencia al verme leer esta mal trazada disertación, pero, como quien habla conoce perfectamente su incompetencia, ha confiado al papel sus ideas, pensando que de esta manera resulten un poco menos incoordinadas.

Como tan bellamente lo dijo el doctor Tirado Macías, la Sociedad de Cirugía de Bogotá al establecer sus cursos de entrenamiento en esta augusta fábrica, quiere devolver a la sociedad en sazonado fruto lo que ella sembró al donar sus dineros para construir y sostener este bello Hospital. El doctor Jaramillo Arango a quien mis débiles alabanzas no pueden alcanzar, comprendió que la hora de la cosecha había llegado y ha sido, para honra suya, el motor que ha puesto en movimiento todas y cada una de las partes de este conjunto que hoy concentra sus energías y las orienta al servicio de la humanidad y de la Patria.

Hechas estas anotaciones, incompletas si no dejara constancia de que en el patriota que hoy preside los destinos de la Sociedad de Ci-

rugía, doctor Andrés Bermúdez, y en el personal administrativo del Hospital de San José a cuya cabeza está la nunca bien ponderada Reverenda Madre Clara de Asís, ha encontrado todo el apoyo necesario la bella iniciativa de Jaramillo Arango, paso a fatigar vuestra atención contándoos un poco de historia de las ambulancias, su objeto y la manera como, a mi juicio, debemos organizarlas entre nosotros, para que presten sus servicios si es que la fatalidad nos lleva a la guerra.

UN POCO DE HISTORIA

Si los títulos de nobleza se cuentan por la antigüedad de sus orígenes, el de cirujano militar tiene sus fundamentos en las primeras guerras y conquistas. Salomón Reinach dice que no ha habido civilización, por primitiva que fuera, que haya ignorado los rudimentos de la cirugía militar.

Es casi seguro que esos cráneos prehistóricos, que presentan perforaciones admirablemente talladas, fueron trepanaciones hechas con un instrumental que tenemos que juzgar muy semejante al actual, pues de otra manera es imposible que se hagan cortes de tal nitidez.

En el Museo de Val de Grace, se encuentran antiquísimos bajo-relieves que reproducen intervenciones llevadas a cabo con instrumentos muy parecidos a los actuales. Macaon y Podalirio, hijos del divino Esculapio, fueron los primeros cirujanos militares de que nos habla la leyenda, así como Hecamedes hija de Néctor simboliza la enfermera en los hospitales de guerra.

Los griegos llevaban en sus ejércitos equipos sanitarios, pero no permitían que los médicos tomaran parte en las batallas. Pasadas las hecatombes los campos de batalla eran ocupados por las ambulancias de la época, cuyos elementos se dedicaban a cumplir su misión sin peligro de ninguna clase.

En el período Alejandrino se forman verdaderas escuelas militares. El padre de la Medicina, Hipócrates, fue educado en la Alqueplades de Cos y él mandaba sus discípulos a practicar en los países guerreros para que adquirieran destreza en la Cirugía.

Los romanos, de una civilización más burda y menos sensible, no llevaban médico en sus ejércitos. Los pobres heridos eran explotados por los *Sylos* o encantadores de serpientes venidos del Oriente. Lucano en su obra traza un cuadro admirable de los sufrimientos a que estaban expuestos los soldados romanos que tenían la desgracia de ser heridos.

En las campañas de César, ya comienza a bosquejarse un principio de organización sanitaria, sobre todo en las ciudades aledañas a los campos de batalla. Allí el gran conquistador movilizaba, por decirlo así, los médicos y cirujanos, quienes a costa del ejército cuidaban los heridos.

La invasión de los bárbaros acabó con todo vestigio de civilización y durante la edad media parece no haber existido nada que se parezca a una institución sanitaria.

Los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén son los primeros representantes del servicio de salud en Francia. Estos soldados-médicos tuvieron un doble papel durante las cruzadas: proteger los peregrinos y cuidar de los enfermos y heridos, aliviando en cuanto podían los enormes sufrimientos y miserias que aquejaban a los ejércitos en aquellas guerras memorables. Transcurrido el tiempo, estos benefactores fueron cambiando su papel por el de guerreros solamente y de esta manera desapareció de nuevo este rudimentario embrión de medicina militar.

Según L. Plisson, autor de un bello estudio sobre la Convención de Ginebra, Carlos el Temerario fue el primero de los guerreros que pensó en dotar a sus ejércitos de un servicio sanitario y dictó órdenes para que cada 800 hombres tuvieran un cirujano que los cuidara.

La batalla de Crecy en 1346 hizo imperiosa la necesidad de cirujanos en los ejércitos; el cañón tronó por la primera vez en esa memorable jornada; las balas destrozaban las carnes quedando incrustadas en ellas y obligando a los expertos a extraerlas.

A pesar de que dos profesionales de Estrasburgo, Brunswick y Gersdorf hicieron un poco de cirugía militar científica, sólo en el siglo XVI el gran Ambrosio Pare, verdadero fundador de la cirugía moderna, sienta las bases definitivas de la organización sanitaria en los ejércitos; este hombre verdaderamente prodigioso acompañó a los últimos Valois en sus empresas guerreras; su fama creció tanto, que los mismos enemigos lo llamaban para que operara sus heridas.

En el Val de Grace existe un bello cuadro de Boisselier que nos pinta los heridos enemigos acudiendo en plena batalla a implorar los servicios del célebre hugonote que a no haber sido por la amistad de Carlos IX, habría perecido en la célebre matanza de San Bartolomé.

Fueron en Francia Enrique IV y su Ministro Sully, quienes organizaron de manera definitiva las ambulancias; comprendiendo en esta entidad elementos que actúan en el campo de batalla y su base esencial, el Hospital en la ciudad. Luis XIV completó estos servicios fundando el bello edificio de los Inválidos que tenía por objeto atender por cuenta del Estado a los heroicos mutilados por la Patria. Brice y Botet en su historia del servicio de salud de Francia anotan y con razón que si bien los Inválidos no prestó servicio, es el monumento que perpetúa una nueva etapa humanitaria en la marcha de las naciones; un sentimiento nuevo que obliga a los Estados a pagar la deuda contraída con los servidores que, al dar su sangre, han quedado imposibilitados para ganarse la vida.

En el siglo XVIII se hicieron enormes progresos, sobre todo en

Francia, que culminaron en el Decreto de 7 de agosto de 1793 en que la Convención organizó el servicio médico militar de manera definitiva, estableciendo los ascensos y dotando a los médicos militares de algunas de las insignias que hoy llevan. El bello caduceo que lo forma la serpiente de Epicuro entrelazando una vagueta que soporta el espejo de la Prudencia, rodeado por una rama de encina y otra de laurel, fue establecido por Decreto promulgado el 20 termidor de la era revolucionaria.

Los grandes guerreros no han sido humanitarios: Percy critica a César la manera como se portó con sus legionarios heridos, en carta memorable al General Durec después de la batalla de Eilan en la cual le pinta los desastres y la penuria en que se encuentra para tratar los 3,600 heridos, sin tener un saco de paja sobre el cual poder acostar estos desgraciados. Napoleón explotó el herido en ciertas ocasiones de exhibicionismo, pero la Francia no le perdona la indiferencia con que sus oídos escucharon el quejido del moribundo. La historia sólo nos cuenta que sus ojos se empañaron al ver tendido en el campo al joven Mariscal Lanne, pero no sabemos si esas lágrimas fueron ocasionadas por la enorme pérdida que representaba para el ejército tan sensible baja, o motivadas por los gemidos del valiente, que agotadas sus energías pedía un poco de agua para calmar la sed.

El cortísimo recuento que os acabo de hacer, demuestra que más o menos en todas las épocas, los hombres o las naciones han ensayado de llevar un alivio a los combatientes enfermos o heridos. Poco a poco estos principios humanitarios se fueron codificando para terminar en la Convención, que todas las naciones firmaron en Ginebra en 1864.

Hay que reconocer que la idea de neutralizar los heridos y el personal que los atiende, así como la de intercambiar prisioneros, etc., se había llevado a cabo algunas veces antes. La Convención francesa dictó el 3 ventoso del año 2 un Decreto en el que se decía textualmente: los prisioneros de guerra heridos, serán atendidos en los hospitales exactamente lo mismo que los ciudadanos franceses que se encuentren en las mismas condiciones.

El viejo Blucher no fusiló a Larrey, después de Waterloo, por estar herido y por esta misma razón lo puso en libertad.

Me alargaría demasiado si entrara en detalles del bello Acuerdo de Ginebra que todos conocemos más o menos y que se puede resumir en pocas palabras: Neutralidad para el herido y quien lo cuida, inmunidad para quien use una cruz roja sobre un fondo blanco, insignia del noble país en donde se reunió la Convención.

ORGANIZACION EN TIEMPO DE GUERRA

La misión organizadora de un servicio sanitario es de una labor ardua y pesada; colocar "the right man in the right place" es la prin-

cipal y más difícil tarea que se contempla en estos casos; evitar el amontonamiento inútil; tener presente que el aprovisionamiento del ejército es la mayor dificultad de una campaña y así no recargarse con elementos estorbosos, muchas veces es la misión de los Jefes sanitarios.

Hay que tener presente que el personal médico que acompaña los ejércitos, comparte íntimamente con el soldado todos sus riesgos. Francia perdió un poco más de cuatro mil médicos y fueron llamados al servicio veinte mil.

No entro a detallar las formaciones sanitarias que cada batallón o división debe llevar; hago constar que voluntariamente no he querido informarme de lo que existe actualmente; parece que lo que voy a decir carezca de importancia, pero se me enseñó que estos pequeños detalles, por simples que sean, no deben publicarse, pues el enemigo puede servirse de ellos; y los peruanos pueden tener la seguridad que curaremos sus heridos, pero no les enseñaremos nuestra organización. "Las paredes oyen", era un aviso fijado en todas partes de Francia.

Las batallas terrestres se presentan de dos maneras distintas: la campal de movimiento, y la de trincheras. En las primeras, una vez iniciado el combate y cuando éste ya se haya estabilizado, el médico divisionario busca el sitio en el cual va a establecer el puesto de Socorro, el cual debe quedar cerca del elemento más indispensable en la vida: el agua que apaga la sed devoradora del herido, limpia la mugre, sirve de vehículo al cordial y sometida a la acción del calor, mata el microbio.

Las artillerías localizan con facilidad las chozas o los edificios y los hacen el blanco de sus granadas, por manera que allí está contraindicado establecer los puestos de socorro. Una vez establecido el puesto de socorro es a éste donde el equipo de camilleros, a órdenes del médico auxiliar, debe conducir los heridos para que reciban los primeros auxilios de la ciencia. Es allí donde el pobre cirujano tiene que multiplicarse para calmar el dolor inmovilizando el miembro despedazado y sirviéndose para ésto, no de los aparatos niquelados que en los depósitos de las clínicas se encuentran, sino de los medios de fortuna que la naturaleza nos brinda dondequiera. Y permítaseme un paréntesis dirigido a los que enseñáis este núcleo distinguidísimo de damas que con tanta buena voluntad vienen a aprender de vosotros las nociones indispensables de enfermería, enseñadlas a inventar; enseñadles que todo es reemplazable o sustituible; que la cáscara del árbol hace el aparato de contención, que reemplaza muy a satisfacción la niquelada gotera fabricada en los centros industriales; enseñadles que el almidón reemplaza al yeso, etc., etc.; enseñadles a hacer la guerra en la manigua que es donde vamos a luchar.

EL CIRUJANO EN EL PUESTO DE SOCORRO

El camillero de Regimiento, recoge el herido en el campo de batalla (le aplica la curación individual sirviéndose del paquete sanitario que forma parte del equipo del soldado), y lo conduce al puesto de socorro, tratando de inmovilizarle su fractura con la vaina de la bayoneta, o con el arma misma o con cualquiera otra cosa apropiada; esto tiene que saberlo el camillero, como también, no puede ignorar, el que se debe poner un lio compresor en caso de hemorragia. Funciones estas modestas al parecer, pero importantísimas y no exentas de peligros.

El cirujano del puesto de socorro limpia la herida, no la explora; pone una curación más apropiada; inmoviliza la fractura mejor, para lo cual cuenta con cortezas de árboles apropiadas, esteras de chingalé, tablillas que ha fabricado, etc., etc., y reemplaza los líos constrictores por pinzas.

El tiempo falta para hacer una cirugía completa, los heridos aumentan, los aviones enemigos han localizado la aglomeración y no saben de qué se trata, pues la vista más aguda no distingue a tres kilómetros la insignia de Ginebra amarrada en un brazo, y la Artillería hace su blanco en lo que se pretendió defender con el Acuerdo de 1864.

Despachar los heridos en tales condiciones a las ambulancias propiamente es otra labor del cirujano divisionario, que he supuesto colocado en el puesto de socorro.

La organización que acabo de bosquejar compete al ejército única y exclusivamente; ningún elemento extraño ni mucho menos si tiene algún carácter de internacionalidad, puede intervenir allí; recuérdese que comencé por decir que esos agentes sanitarios tienen que compartir la vida del soldado, saben sus secretos y las paredes oyen...

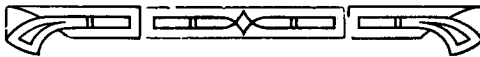
En la guerra de trincheras estos elementos son más fijos y no los describo por no fatigaros.

Las ambulancias propiamente dichas intervienen del puesto de socorro para atrás y de manera breve, que ya voy muy largo, os haré las anotaciones siguientes:

Personal: Se está preparando el de enfermeros y enfermeras que han de servirnos, pero a mi juicio no se ha adelantado nada en la instrucción del Cirujano y del Médico del Frente. El ejercicio de ambas practicado en la ciudad y en la batalla, se parecen en que tanto la una como la otra se practica en un sér humano, pero se diferencian en todo lo demás: aquí es recursiva, allí reglada; aquí no dan las circunstancias lugar a la reflexión, allí es meditada; aquí debe tenerse en cuenta no sólo la vida del herido sino el futuro económico de la nación entera que queda agobiada bajo la enorme carga de las pensiones, si los cirujanos no llevan presente en su espíritu estos principios: un pie vale tanto, un dedo, tanto, un brazo, tanto, y lo vais a pagar vosotros

mismos y vuestros hijos. Es, pues, preciso repetir mil veces al joven cirujano que ignora absolutamente las elementales nociones de lo que va a tener que hacer y que lleno de buena voluntad parte al sacrificio y entrega su vida sin haber hecho el bien que hubiera podido, si alguien lo hubiera iniciado en estos asuntos.

Siendo las ambulancias como deben ser y como yo las entiendo, un conjunto de personal y material armónico, destinado a prestar a los heridos y enfermos sus servicios en tiempo de guerra, tratando de volverlos lo más pronto posible a su estado normal, o entregando a la madre tierra sus despojos mortales en los casos fatales. Cada organización de éstas es compleja y todos los gremios sirven allí: el médico y el sacerdote, el cirujano y el talabartero, el mecánico y el albañil; el administrador especializado es tan indispensable como el anestésista y como el cocinero. Lo interesante es que cada cual sepa bien su oficio, que la Dirección sea respetada y respetable, que la disciplina militar sea un hecho y así todo será un éxito, bien le toque trabajar a la ambulancia en la horrenda manigua bellamente descrita por Rivera o en las márgenes del Rimac, a donde llegaremos porque nos asiste la razón y el derecho, porque somos un pueblo libre ofendido en lo más caro de sus sentimientos como es la integridad del legado de nuestros mayores y porque tenemos confianza absoluta en nuestros dirigentes.



UNIVERSIDAD NACIONAL
FACULTAD DE MEDICINA VETERINARIA
BIBLIOTECA